



Queridas hermanas,

Nos propusimos para este primer tiempo, dedicar los INFO a la reflexión y el compartir del Plan Apostólico de Congregación (PAC). Empezamos recordando el lema del Capítulo, y en este número las queremos animar a mirar la Visión y la Misión que orientan el PAC. Luego iremos tomando una a una, las prioridades que lo sitúan en la realidad de hoy, y viendo de qué manera estos desafíos van tocando nuestra vida y nuestra misión.

Miremos al horizonte. Allí está el sueño que tenemos, aquello que somos profundamente y que queremos proyectar hacia adelante. Mujeres consagradas a los Sagrados Corazones, esto es entregadas sin reservas al servicio de Dios y a su proyecto amoroso que encontramos reflejado en los corazones de su Hijo y de su Madre.

Convocadas en comunidad, hemos sido llamadas juntas a la congregación. La Misión Común, de la que hablamos con frecuencia, nace de esta *con-vocación* que no podemos eludir sin faltar a la vocación recibida. Misión que no es nuestra sino de Dios, como decía el Buen Padre cuando hablaba de “la obra de Dios”. Misión que al ser común, nos exige búsqueda conjunta y permanente, discernimiento comunitario, y envío de la comunidad. ¡Cuántas veces hemos oído aquella frase: “donde está presente una hermana, allí está la congregación”! Esto lo podremos decir toda vez que la hermana haya sido enviada por la comunidad a realizar un apostolado, un acompañamiento o prestar un servicio. Lo vivimos también cuando entramos a la Capilla a hacer nuestra adoración y le presentamos a Dios el dolor del mundo. Lo podemos decir porque participamos de una misma misión.

Recreamos los sentimientos de Jesús y la actitud de María. Recorriendo las páginas de los evangelios, podemos evaluar diariamente nuestra misericordia y compasión, generosidad y desprendimiento. Así

podemos darnos cuenta si nuestras comunidades expresan ese espíritu de familia, tan arraigado en nuestra tradición congreganista desde los inicios: la aceptación de todas, la acogida a las más jóvenes, la atención de las mayores, la comprensión ante las diferencias, las debilidades y las dificultades de unas y otras,... y podemos confrontar si la vida que llevamos, refleja la ternura de un Dios especialmente sensible ante los más vulnerables. ¿Damos testimonio del mundo que queremos, donde la justicia y la paz, la solidaridad y el respeto son los pilares de la convivencia?

Contemplar, vivir y anunciar el amor de Dios... Con realismo y esperanza miramos a nuestro alrededor, para descubrir las llamadas que Dios nos hace desde el sufrimiento de la gente que clama por un espacio digno para vivir. Escuchamos el grito de los pobres, el dolor de la tierra, la soledad de tantos... Vemos la violencia, la injusticia y la desidia... Pero estamos convencidas del poder transformador que tiene el amor, y seguras de que el amor de Dios está presente en el mundo a través de todos los que se empeñan en mejorarlo. No podemos restarnos. Con el celo misionero que nos legaron nuestros fundadores, nos implicamos, con muchos otros, en la construcción de una sociedad cada vez más humana. Para ello siempre estaremos disponibles.

Les abraza con cariño,